

COMUNICACIÓN, CULTURA Y PROCESO POLÍTICO.

Por Oscar Landi*

PLANTEO GENERAL

¿Cómo analizar las relaciones entre la cultura popular, los medios de comunicación y el proceso político? Desde el punto de vista teórico, cada uno de estos campos presenta múltiples problemas no resueltos; cuando no el deterioro y la crisis de conceptos que, hasta no hace mucho tiempo, gozaban de amplia confianza entre los investigadores. Por cierto, no se trata de efectuar más o menos razonablemente algunas conexiones entre ellos, como si cada uno por separado estuviese claramente conceptualizado. El tema nos obliga a una incierta travesía interna por cada uno de estos campos, a un imprevisto recorrido a lo largo del cual ensayaremos presentar algunas relaciones.

El referente principal de nuestro trayecto será el "receptor" de los "mensajes" de los medios de comunicación. Una primera aproximación nos muestra a un espectador de televisión en el cruce de dos grandes procesos, cuyos efectos son divergentes en lo que concierne al proceso de significación por el cual este individuo siente y comprende sus relaciones con la sociedad.

Por un lado, la enorme magnitud del desarrollo tecnológico de la comunicación y de la informática. Este ingrediente facilita tanto la concentración económica de los medios a escala monopólica como la manipulación informativa, la estandarización de los productos culturales, la producción de lo idéntico más que la confrontación de diferencias, el control disciplinario y la disolución de la privacidad en beneficio de la vigilancia estatal.

Sin embargo, la escena que nos muestra al espectador frente al medio no se sostiene por sí misma, es sólo un aspecto de un proceso más complejo de producción de la significación social. En él intervienen un conjunto de actores individuales y colectivos, y hoy cuenta con un dato clave: las crisis políticas locales y la heterogeneización de los centros decisorios a escala mundial. Este ingrediente es un factor de creación de diferencias, de múltiples espacios de resignificación de los mensajes, homogéneos sólo en su fuente de emisión. La diversificación a la que aludimos no está constituida por segmentos de un único mercado de la industria cultural. Es algo radicalmente diferente, que marca nuestro fin de siglo: *la ausencia de un discurso político-cultural central.*¹

En este artículo analizaremos la situación del receptor, su presencia activa, su capacidad de resignificación de los mensajes y sus opciones dentro de esta situación política heterogénea y plural.

En primer lugar, nos referiremos a una problemática que tiñe diversos enfoques sobre el tema de la comunicación, aquella que resulta de la naturalización de los códigos político-culturales y de la comprensión del emisor en tanto sujeto del proceso, que instrumenta al lenguaje para producir efectos en la conducta del que recibe el mensaje. A nuestro entender, esta problemática contiene un prejuicio teórico que impide construir las preguntas que nos proponemos. Pasaremos luego a la exposición de las funciones de la comunicación en la conformación de las dominancias, de las hegemonías que instauran y reproducen las relaciones asimétricas entre los diferentes actores de los procesos culturales y políticos. Diseñaremos al respecto algunos trazos de las nuevas formas de intervención y de los espacios relativos que tienen los medios y la informática en un orden autoritario. Visto todo esto del lado del receptor; analizaremos su capacidad de participación y de resignificación frente a los medios según dos dimensiones: 1) las relaciones medios-cultura popular y, 2) los efectos de desborde y las tensiones que se crean entre la homogeneización de los mensajes a partir de la concentración a escala mundial de los medios de comunicación y la creciente heterogeneidad de los regímenes políticos nacionales; nos referiremos a las

operaciones específicas que debe ejercer autónomamente cada régimen para la construcción de su propio sistema hegemónico, y a algunas de las nuevas categorías de intelectuales que generan.

Ahora bien, la última parte de este trabajo estará dedicada al análisis de las relaciones entre los medios y el papel constituyente del orden simbólico respecto a las identidades sociales y políticas y, por lo tanto, respecto de la propia conformación

materia de los actores políticos. Nos referiremos a estos últimos en un sentido amplio, alejados de la visión clásica según la cual y los partidos políticos son los mediadores esenciales entre la sociedad y las decisiones institucionales, particularmente estatales. De tal modo, aludiremos a la intervención del orden simbólico en la formación de una trama de poder con actores múltiples: partidos, corporaciones, iglesias, movimientos étnicos, nacionales, ecológicos, por los derechos de la mujer, etc. A esta ampliación le seguirá, finalmente, una

* Investigador del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), Buenos Aires.

restricción. En efecto, el telón de fondo de nuestra exposición es una situación histórica particular, aquella en que se plantean los problemas de las posibles transiciones desde regímenes autoritarios a otros de participación y representación democrática. En este punto, nuestro análisis confluirá en el tema de la formación de espacios culturales y políticos aptos para la constitución de una nueva ciudadanía por parte de los sectores populares.

PRIMERA PARTE

¿EL LENGUAJE ES UN INSTRUMENTO?

Desde un enfoque comunicacional, una lengua puede ser considerada como un código. Plantea Benveniste que "... por estar la lengua organizada sistemáticamente y por funcionar según las reglas de un código, el que habla puede, a partir de un número muy restringido de elementos básicos, constituir signos y, finalmente, una variedad indefinida de enunciados, todos identificables por quien los percibe, puesto que en él se halla depositado el mismo sistema".²

La indagación por los aspectos sistemáticos de una lengua abrió, como se sabe, un amplio campo de trabajo que proporcionó nuevos conocimientos. Sin embargo, a partir de esta perspectiva también se desplegaron algunas indagaciones sobre la formación de las culturas que creemos necesario identificar al comienzo de nuestro análisis para descartarlas, ya que recurrentemente tiñen, de una u otra forma, a concepciones instrumentales del lenguaje. Y desde ellas el receptor es precisa y solamente eso: un receptor que es (in) formado desde los medios de comunicación.

En efecto, la ecuación es la siguiente: lengua igual código igual lenguas artificiales. En el primer paso, se reduce la lengua al código y, de tal modo, el sistema abierto y evolutivo de la lengua se transforma en un sistema cerrado de reglas explícitas preestablecidas y finitas. Por supuesto, ello es un recurso metodológico fundamental, pero es una operación reductora del investigador o, en un plano más general, una convención cultural que la sociedad adopta. Considerar que la lengua es un código sin explicitar en qué sentido y bajo qué condiciones, supone naturalizar códigos que, en el plano cultural y político son en realidad producto de agudos conflictos históricos por la hegemonía en la sociedad.³

En el segundo paso, se considera a los códigos bajo el modelo de las lenguas artificiales, como sistemas de signos que se traducen por medio de tablas de correspondencias absolutas. En informática estas tablas eliminan los problemas que plantean las lenguas naturales: homonimia, polisemia, ambigüedad. En resumen, los códigos estrictamente considerados operan en relación de biunicidad: el emisor y el receptor de los signos deben poseer el mismo sistema de reglas y se debe reducir al máximo los "ruidos" que puedan interferir entre ellos.⁴

El enorme impacto de la informática en el campo económico, educativo, organizacional, militar, etc. y sus enormes posibilidades de aplicación, que desafían la imaginación del hombre y las rebalsan permanentemente, realimentan la alienación tecnológica de la civilización contemporánea. Ella facilita la no distinción entre una semiótica de la significación, propia de la producción de códigos culturales y políticos y una semiótica de la comunicación, desarrollada por la teoría de la producción de signos. Sin duda, los problemas de la construcción del sentido del orden político en la sociedad es radicalmente diferente de los procesos analizados por modelos formales, para los cuales la transmisión de información se realiza mediante signos sin capacidad significativa.⁵

En un primer momento nos encontrábamos con la tendencia a la naturalización de los códigos, a lo que se le agregaba luego una versión de la dinámica de estos códigos propia del modelo de la transmisión de signos de las lenguas artificiales. El resultado de estas equivalencias es un supuesto teórico con el cual se incursiona por el campo cultural y de la formación del poder político y que anula la función activa del llamado receptor.

Si el emisor y el receptor poseen exactamente el mismo código, se encuentran en una relación de simetría en el uso de las reglas de producción y de interpretación de los enunciados. Pero esta igualdad, puesta en funcionamiento, instaura una profunda asimetría. El papel del emisor indica el lugar del poder dentro de la relación de significación: la decodificación es una operación automática, predecible, predeterminada. En la base de esta óptica se encuentra la no distinción entre información y significación. Problema que se potencia cuando el enfoque se traslada del examen de las relaciones interpersonales al campo social sin una adecuada teoría de los actores políticos colectivos.

En efecto, este supuesto se armoniza con otro de diferente origen teórico, con aquél que considera a las clases sociales o a los actores políticos como entidades que reposan sobre sí mismas, autosuficientes, dotadas de una esencia que está en la base de las propiedades variables que puedan asumir a lo largo del tiempo. Esto es, como sujetos de toda la formación social, en el sentido latino de sub-jectum, del ser de las cosas sobre el que reposan sus atributos variables.

De la espontánea convergencia de estas dos ópticas de origen diferente, se configura un supuesto implícito en diversos análisis que, por nuestra parte, queremos evitar. Aquél que postula la constitución de ciertos individuos

o agregados sociales y políticos en sujetos merced a su posicionalidad como emisores. Y el lenguaje es considerado, entonces, como un instrumento para la producción de efectos predeterminados sobre su receptor.

De tal modo, los conflictos entablados en la comunicación social, no pueden ser considerados sino como un medio, a través del cual se despliegan o se bloquean las manifestaciones de los atributos esenciales de los sujetos en estudio. El Proceso político en un sentido estricto, no sería productivo, no generaría nada sustancialmente nuevo. Los conflictos serían formas o modalidades de expresión de algo preexistente, replegado y originario que otorgaría al individuo, a las clases sociales o a los actores políticos, el carácter de sujetos.⁶

ORDEN SIMBÓLICO Y ORDEN POLÍTICO

Las relaciones de poder que se configuran en las formaciones sociales son producto de conflictos concretos y no la expresión de los supuestos atributos esenciales de sus ocasionales beneficiarios. En todo caso, ésta es la versión con que los triunfadores se presentan ante sus derrotados.

La construcción del sentido del orden político de la sociedad, también es producto de innumerables batallas que se libran en el plano simbólico y en el imaginario. Como plantea M. Foucault "Ni la dialéctica (como lógica de la contradicción), ni la semiótica (como estructura de la comunicación) sabrían dar cuenta de la inteligibilidad intrínseca de los enfrentamientos. Respecto a esta inteligibilidad la "dialéctica" aparece como una manera de esquivar la realidad cada vez más azarosa y abierta, reduciéndola al esqueleto hegeliano, y la "semiología" como una manera de esquivar el carácter violento, sangrante, mortal, reduciéndolo a la forma apacible y platónica del lenguaje y del diálogo".⁷

¿Cómo pensar desde esta óptica los problemas de la comunicación y de la significación social?

Los conflictos entre las diferentes propuestas del sentido del orden político ponen en juego un material significativo heterogéneo: discursos, emblemas, imágenes, consignas, ceremonias. Combinados de diversas maneras, estos elementos movilizan diversos códigos, con mayor o menor grado de estructuración. Es decir, remiten a un espacio plural que no se cierra en ningún punto y que si bien se puede estabilizar por largos períodos a través de conflictos entre ideologías claramente delimitadas, por último no tiene otra medida que lo infinito de la lengua.

Con la esperanza de que ayude a tornar más claro nuestro argumento, haremos una breve referencia a la particular interpretación que nos dejara Roland Barthes acerca de la connotación en su trabajo "S/Z".

Las elaboraciones iniciales sobre la denotación y la connotación entendían a esta última como un sentido secundario, cuyo significante estaría constituido por un signo o un sistema de significación principal que sería la denotación. Esto ha dado lugar a diversas polémicas, en las que se llega a poner en cuestión a la misma distinción entre ambos términos. En las últimas reflexiones de Barthes encontramos un cambio significativo en la valoración de la connotación que nos resulta sumamente sugerente: "La denotación no es el primero de los sentidos, pero finge serlo, bajo esta ilusión no es finalmente sino la *última* de las connotaciones (en que parece a la vez fundar y clausurar la lectura)".⁸

Por lo tanto, según este punto de vista, el trayecto de la interpretación de un texto ya no debe ir de la denotación (primer sentido) a su clave oculta, el código connotado; sino del conflicto entre códigos diferentes a sus productos parciales, de superficie, de por sí reinterpretables al infinito: o sea, de los códigos a la denotación.

En el infinito y heterogéneo espacio de la lengua, las hegemonías políticas se procesan a través de múltiples conflictos por la formación de un código central, para la sociedad. El conflicto por la hegemonía, por la conquista del "buen orden" reconocido por la sociedad no es, entonces, una confrontación entre paradigmas cerrados. Desde un punto de vista discursivo, la eficacia hegemónica de las diferentes corrientes políticas se mide por su capacidad de desarticular las formaciones discursivas adversarias y absorber las interpelaciones que éstas contenían en otra matriz doctrinaria, en otra problemática. Opera por vaciamiento de la argumentación del adversario y por ampliación de la propia.

El buen orden reconocido por la sociedad, es producto del conflicto entre las diferentes fuerzas políticas por la producción del sentido. Y, al definir los bienes deseables, constituye el código central que permite la comunicación entre los individuos en una etapa histórica dada. El individuo y las fuerzas sociales se hallan, entonces, siempre solicitados por diferentes códigos políticos que, como veremos más adelante, hacen que las condiciones de decodificación de los mensajes nunca sea totalmente simétrica a la de codificación y emisión de los mismos. Pudiéndose encontrar en los análisis de casos empíricos un conjunto diversificado de relaciones posibles entre la codificación y la decodificación del lenguaje político, según sean las circunstancias históricas concretas.

En el plano simbólico e imaginario, en suma, la obtención de la hegemonía política requiere la definición de las reglas de codificación y decodificación del material significativo a través del cual se construye el sentido del orden. Ello define el campo de preguntas posibles para la sociedad, su problemática. Un orden de desciframiento

que reconoce una jerarquía interna entre los significantes, una estructuración determinada. Pongamos el caso de un gobierno autoritario que legitima sus acciones logrando situar como problemática central de la sociedad a la opción "orden o caos", y al mismo tiempo, logra presentarse a sí mismo como el representante del orden en general ("la democracia es ingobernable"). Si el conflicto político logra desplazar la polémica a opciones entre diferentes tipos de órdenes, el discurso autoritario se desarticula seriamente, el efecto argumentativo del peligro del caos se disuelve y deberá buscar otros principios internos ordenadores ("apertura política sí, pero salto al vacío no", por ejemplo).

El problema central consiste, pues, en retirar de la discusión a determinada problemática. Por cierto, ello puede lograrse de diferentes maneras; cada régimen contará con un repertorio de operaciones argumentativas, retóricas, propagandísticas, informativas, etc., a tal efecto. Transformar a un código determinado en "sentido común" mediante mecanismos y reglas democráticas de lucha política es algo radicalmente diferente a sacar de la discusión a determinados temas apelando a las "razones de estado" y al derecho al "secreto" con que contaría el poder estatal. Diferencias obvias pero que remiten a una discusión compleja, cuando vemos a regímenes tan diferentes como el de Polonia y el de algún país latinoamericano utilizar las "razones de estado" para implantar la censura y el control sobre la sociedad.

La hegemonía supone la definición de la problemática básica de la sociedad, en el interior de la cual caben y se dirimen las diferencias. La dominancia de un código político determinado permite individualizar diferentes posiciones en la constelación de las formaciones ideológicas. Raymond Williams realiza, por ejemplo, una serie de distinciones al respecto entre ideologías dominantes, residuales, arcaicas y emergentes.⁹

La definición histórica de una problemática cultural y política supone la producción de dos efectos centrales. El efecto de realidad por el cual determinada propuesta política presenta a la realidad "tal cual es", de manera transparente. Es decir, logra imponer los criterios sociales y políticos de distinción entre los enunciados falsos y los enunciados verdaderos.¹⁰

Y el efecto de reconocimiento mutuo entre los individuos; pues, sólo en el interior del lenguaje se constituyen los sistemas interpelativos mediante los cuales los individuos, consensual o conflictivamente, se reconocen en su condición laboral, sexual, social, política, religiosa, nacional.

La revolución tecnológica de los medios de comunicación alteró profundamente los mecanismos de formación del sentido común, de la opinión pública y del consenso político. Los medios son poderosos dispositivos en el conflicto por la hegemonía política, pero no modifican las características semiológicas que venimos describiendo como propias de este proceso. Ellos sí introducen un profundo cambio en sus coordenadas espaciales y temporales.

El eje espacial está alterado por la espectacular multiplicación de alcance de los medios. Mediante un satélite artificial se puede transmitir información para cientos de millones de personas. Desde su casa, instalado frente al aparato de televisión, un individuo puede acceder a las imágenes de lejanos y desconocidos lugares del planeta y recibir noticias con una abundancia y rapidez antes inimaginada. Contradictorio disfrute que, obviamente, puede incluir la manipulación de unas pocas agencias informativas internacionales, tanto privadas capitalistas como estatales comunistas.

El eje temporal está modificado por el efecto de saturación que imponen los medios. Su política es la de no dejar intervalos al individuo, tener una presencia cotidiana continua, evitar su distanciamiento y que se desplace entre otros espacios de producción de significaciones.

MEDIOS, INFORMÁTICA Y ORDEN AUTORITARIO

El perfeccionamiento y la expansión de los medios de comunicación y de la informática generan significativos cambios en la organización material de la cultura y se constituyen en ingrediente singular en la formación de las redes de poder que caracterizan a los diferentes regímenes políticos.

Diversos regímenes autoritarios comparten algunos rasgos en este sentido. La instauración de un régimen de excepción en reemplazo de otro basado en reglas políticas de representación democrática redefine el lugar relativo de los medios en la formación de la palabra pública, y, al mismo tiempo, utiliza a los avances de la informática para alimentar determinados ejes políticos de individuación.

Es sabido que en estas circunstancias el estado no sólo prohíbe, sino que produce; claro está, para percibir su productividad hay que observar las cosas de una manera diferente a como lo hacíamos antes. El poder se forma por otras redes, distintas a las de la representación política y tiene otra visibilidad y otros mecanismos de ocultamiento. En efecto, las instituciones de representación (parlamentos, concejos, etc.) "... han servido de base a las primeras representaciones, mentales u objetivas, de la nación y de su estructura. Como el ceremonial que hace *visibles* los rangos y los *nombres* (...) la proyección espacial que realiza el esquema en dos dimensiones hace aparecer la *jerarquía* de los grupos representados (expresado por su rango de arriba a abajo o de derecha a

izquierda y, en ciertos casos, su peso numérico), sin olvidar lo esencial, esto es, el mismo hecho de la *existencia* de los grupos representados y *nombrados*".¹¹

La instauración de un régimen autoritario suprime esta escena política y la palabra pública se canaliza principalmente a los medios, sujetos a un estricto control. De tal modo, el lugar relativo de los medios cambia profundamente respecto de su situación anterior, en la cual competía con otras instancias de la comunicación social (partidos, sindicatos, actividades culturales, etc.), las que eran espacios alternativos de comunicación, además, obviamente, de que se encontraban más atravesados por las variantes de cultura política que se daban en la sociedad. El férreo control estatal de los medios se podría representar como una pirámide invertida: a mayor alcance, mayor control y censura. Las pautas a que deben atenerse los medios en estas circunstancias podrían ser, básicamente, las siguientes:

- a) la definición del debate posible; a tal efecto, a ciertos temas se les quita el atributo de públicos y quedan bajo el dominio de las razones de estado. El régimen se especializa en el trazado de fronteras entre lo bueno y lo malo, lo normal y lo anormal, etc. Para ello se guía por su operación fundante: el rescate de valores originarios esenciales que existieron en algún tiempo y que el conflicto político de la etapa anterior habría olvidado o distorsionado. Por ello se presenta como un régimen que "restituye" (es de observar que, por su parte, los gobiernos de representación con cierto colorido popular se presentan, en cambio, como instancias de "reparación" de injusticias y exclusiones).
- b) el estricto cuidado en la utilización de fuentes de información; se diferencia a las fuentes según posean o no "autoridad específica" para informar sobre determinados asuntos. Ello supone el filtrado de la enorme cantidad de información vía satélite, listas de nombres estigmatizados, inhabilitados para dar opinión, la prohibición de hacer reportajes en la calle a las personas, etc.
- c) la distinción entre "audiencia preparada" y "audiencia no preparada" para recibir ciertos mensajes informativos y artísticos.
- d) la presentación de modelos identificatorios nuevos y la "erradicación" de los anteriores. Los valores que deben convertirse en los atributos de las nuevas identidades suelen ser, por ejemplo, el orden, la laboriosidad, la jerarquía, la responsabilidad, etc.¹²

Ahora bien, el individuo en ciertos regímenes de derecha y de izquierda vive la -poco comfortable situación de no reconocerse en ningún discurso: no es nombrado, pero tiene la sensación real (y las fantasías) de ser mirado y escuchado siempre.

Este individuo debe transitar por espacios claramente clasificados, cuadrículados, su comportamiento debe estructurarse a través de ejes de individuación singulares. Perdón por la extensión de la cita de Foucault que transcribimos a continuación, pero creemos que, en realidad, nos ahorrará camino: "Las disciplinas marcan el momento en que se efectúa lo que se podría llamar la inversión del eje político de la individuación. En sociedades de las que el régimen feudal es sólo un ejemplo, puede decirse que la individuación es máxima del lado en que se ejerce la soberanía y en las regiones superiores del poder. Cuanto mayor cantidad de poderío de privilegio se tiene, más marcado se está, como individuo, por rituales, discursos o representaciones plásticas.

(...) todo esto constituye otros tantos procedimientos de una individuación "ascendente". En un régimen disciplinario, la individuación es en cambio "descendente": a medida que el poder se vuelve más anónimo y más funcional, aquellos sobre, los que se ejerce tienden a estar más fuertemente individuados; y por vigilancias más que por ceremonias, por observaciones más que por relatos conmemorativos, por medidas comparativas que tienen la "norma" por referencia, y no por genealogías que son los antepasados como punto de mira; por "desviaciones" más que por hechos señalados".¹³

Los regímenes autoritarios utilizan los avances de la computación y de la informática como dispositivos técnicos del proceso de individuación descendente de los hombres. Los asombrosos productos de la ciencia en estas áreas potencian notablemente su capacidad de tomar nota sobre las características y alternativas de la vida de los individuos.

No es de extrañar entonces, que comiencen a surgir en el mundo (y no sólo bajo regímenes autoritarios) las reivindicaciones del derecho a la privacidad y a la intervención y control del hombre sobre el registro estatal de su vida.

SEGUNDA PARTE

COMUNICACIÓN Y CULTURA POPULAR

Como venimos argumentando, lo hegemónico, en el campo político como en el cultural, es producto de agudos conflictos por el sentido del orden en la sociedad. Aún en regímenes que poseen legitimidad, las normas y pautas

de vida que lo alimentan deben ser continuamente recreadas. La hegemonía no consiste en la simple transmisión de un dominio invariable. Un régimen es hegemónico por su capacidad de regular las diferencias y no porque obtiene un homogéneo consenso general.

Si abordamos la cuestión desde una perspectiva comunicacional, vemos que en la cultura y en la política nunca se da una relación de simetría absoluta entre el emisor y el receptor de los mensajes. Tanto uno como el otro están sujetos a las solicitaciones de diversos códigos, que resignifican en diversas direcciones un mismo mensaje, que imponen brechas, puntos de ruptura y de desvío del sentido de los discursos dominantes.

Un mensaje transmitido por un medio es una "forma de aparición" de un proceso complejo, que supone la vinculación de dos instancias diferentes: la de su codificación y la de su de-codificación. Ambos momentos tienen entre sí diversos grados de autonomía y pueden remitir a condiciones sociales e institucionales muy diferentes. Las relaciones que entablan el emisor y el receptor con los medios se encuentran mediatizadas y condicionadas por la participación de ambos en una constelación de actividades significativas: la escuela, la vida comunitaria, la iglesia, el sindicato, etc.¹⁴

La cultura popular en particular, es un complejo universo de resignificación, de metabolización y hasta de producción alternativa respecto a los medios de comunicación. En relación a ellos, la cultura popular puede ser terreno fértil para ciertos mensajes o amortiguar su impacto, alterar su sentido originario, rechazarlos, oponerles barreras protectoras de la identidad social o nacional y preservar determinadas subculturas.¹⁵ Por ello, condiciona al mismo proceso de codificación y de emisión de los mensajes. El gusto popular, en tanto mercado de la industria cultural, intensifica la competencia mutua entre los medios y pone un límite básico a su capacidad de manipulación. Un discurso, si aspira a ser eficaz, debe apoyarse y reconocer, de alguna manera, a las tesis admitidas por el receptor: la secular teoría de la argumentación hace de la noción de "auditorio" el elemento cardinal de sus elaboraciones.

Si comparamos la dinámica de la cultura popular con la arquitectura conceptual, más o menos armoniosa de las doctrinas, la reconoceremos como un conglomerado de fragmentos de concepciones del mundo, de saberes prácticos y de formaciones simbólicas que indican sus estratificaciones internas, sus contaminaciones, su inercia y, en ciertos casos, su vitalidad como sistema estético-moral opcional.

Estos son los heterogéneos materiales con que se construyen las hegemonías, las que, por cierto, no se obtienen mediante la imposición de doctrinas, tal como lo esperan los fundamentalistas. Tampoco por las virtudes persuasivas de la razón demostrativa, como confían los tecnócratas; la política se elabora más con argumentos que con demostraciones lógicas.¹⁶ Y menos aún, instrumentando los medios de comunicación para producir efectos sobre un material humano supuestamente pasivo e informe.

La cultura popular cuenta, según los casos nacionales, con mayor o menor consistencia interna, que la dota de una mayor o menor capacidad de condicionamiento y la resignificación de los mensajes de los medios. Las tradiciones culturales operan como un filtro selectivo frente a ellos.

Analicemos este aspecto desde el punto de vista del lenguaje. Supongamos el enunciado: "El Ministro de Economía sigue pidiéndonos sacrificios". La palabra "sigue" no forma parte del contenido del enunciado, es un presupuesto: se considera que el Ministro ya pidió sacrificios antes. El presupuesto es muy tenaz, constituido como tal, pasará la prueba de la lógica, no será ni verdadero ni falso; resistirá a la negación del enunciado y a su transformación en pregunta: "El Ministro no sigue pidiéndonos sacrificios"; "¿Sigue el Ministro pidiéndonos sacrificios?" Con el contenido del enunciado no ocurre lo mismo.

El presupuesto es un acto ilocutorio que depende de la previa formación de una convención entre los interlocutores y, en tanto tal, introduce una determinada posicionalidad entre ellos.¹⁷ Las tradiciones culturales son portadoras de presupuestos, fundamentalmente bajo la forma de creencias. Ellas permiten la recepción y la negación simultánea de un dato adverso. Por ejemplo, frente a diversas argumentaciones y presentaciones de pruebas que un locutor de televisión pueda hacer para demostrar que un líder populista no hizo un uso adecuado de los fondos públicos, el espectador que respalda a tal dirigente opera como diciendo: "sí, pero no". En la medida en que las creencias se pueden transformar en "motivos" dentro de las tradiciones, nos aventuramos a decir que su estudio nos puede demostrar el poderoso papel articulador que ellas tienen dentro del sentido común y del saber popular.¹⁸

Como plantea Bourdieu: "El capital político es una forma de capital simbólico, *crédito* fundado en la *creencia* y el *reconocimiento* o, más precisamente, sobre las innumerales operaciones de crédito por las cuales los agentes confieren a una persona (o a un objeto) los mismos poderes que le reconocen".¹⁹

Además, el mensaje cultural y político requiere de operaciones que lo hagan verosímil frente al receptor, es decir, que lo hagan aparecer presentando la realidad "tal cual es". Las condiciones sociales de decodificación de los mensajes sitúan al individuo en una posicionalidad que estructura jerárquicamente el conjunto heterogéneo de material significativo al que está expuesto (discursos, imágenes, ceremonias, comportamientos, etc.). A veces, una palabra tiene más capacidad articuladora que una serie de discursos. El esfuerzo de los medios de

comunicación por no dar intervalos al público, por tenerlo a cada momento bajo su impacto, es parte del conflicto por imponer determinada jerarquía al heterogéneo material significativo al que hacemos mención.

Desde un enfoque más coyuntural, se puede observar que entre el discurso político explícito y las creaciones de la cultura popular se entablan cambiantes fronteras, según sea el momento histórico. Sus zonas de intersección son dinámicas. En estas relaciones, el peso relativo de la cultura varía según el grado de articulación o de desarticulación del lenguaje político. Como dice Barthes, "... cuanto más plural es el texto, menos está escrito antes de que yo lo lea".²⁰ El grado de ambigüedad, polisemia o redundancia del lenguaje político brinda a la cultura mayores o menores posibilidades de su resignificación. Estos son ingredientes intrínsecos del discurso político y cumplen funciones persuasivas y retóricas fundamentales. Las lenguas artificiales, en cambio, necesitan de la eliminación de toda redundancia, de todo ruido entre el emisor y el receptor. Se trata de obtener la mayor simetría posible entre ambos. Por ello, un recurso metodológico básico del formalismo lingüístico prescribe que, antes de analizar un texto, hay que limpiarlo, eliminar los ruidos que pueda contener. Este procedimiento no es aplicable al discurso político, ya que en tanto productor de asimetrías de poder, es una suerte de "ruido voluntario".²¹

HOMOGENEIDAD COMUNICATIVA Y HETEROGENEIDAD POLÍTICA

La magnitud del avance tecnológico en el área de los medios de comunicación es tan grande que el hombre aun no logró una utilización plena de los mismos, y se encuentran en importante medida subutilizados. Sus efectos políticos son múltiples y el estudio de sus características y de su magnitud, a pesar de importantes trabajos realizados, aún está en sus comienzos.

Un efecto evidente del desarrollo tecnológico y de la concentración económica de los medios, es la enorme potenciación de su alcance, de su capacidad de emisión. Lo que no es tan seguro es que ello tenga un efecto parejo de homogeneización sobre la audiencia. Incluso, los proyectos internacionales orientados a crear líneas generales de información y de productos culturales, si bien cuentan a su favor con la potencia tecnológica, deben enfrentar un problema hasta ahora insoluble para su voluntad de control: la crisis política internacional y la diversificación de centros decisorios. La política internacional depende de las características de los sistemas hegemónicos nacionales. Y, en este terreno, prevalece la heterogeneidad. Por ello, el efecto de un mensaje en los diferentes países que se conectan con el satélite para presenciar un evento político o cultural, es diversificado y no siempre es el esperado por el emisor. Un tema que nos parece relevante ante los rápidos cambios que vivimos es el de los desajustes y los efectos de desborde que tienen los medios internacionales respecto de los múltiples conflictos locales por la hegemonía.

En este campo podemos encontrarnos con la superposición y la asimetría entre problemáticas nacionales diferentes, en el sentido expuesto antes. Es decir, entre diferentes principios de articulación simbólicos e imaginarios de los discursos dominantes: un descartable producto de la industria cultural internacional puede desbordar los límites temáticos que intenta imponer el autoritarismo en un país determinado. A veces, una serie de televisión de baja calidad y de efectos anestésicos (cuando no somníferos) en determinado país, en otro viola de hecho los límites de la censura que se impone a los artistas locales. Por no hablar de temas más directamente políticos.

Estos desajustes promueven importantes cambios en las características y funciones de los intelectuales. Para poner un ejemplo, en regímenes autoritarios, sin escena política de representación, se dan otras relaciones entre intelectuales y política a las conocidas clásicamente en sistemas democráticos. El "intelectual orgánico" de ese régimen tiene como una tarea central, cerrar las brechas entre la información internacional y las urgencias de los conflictos locales por la hegemonía. Como los diarios son los menos censurados, se trata de leerlos al público por la radio y por la televisión. Enseñar a leerlos según el código local: "el Papa quiso decir tal cosa, cuando dijo tal otra", etc. Sin descartar aquellos que lo hacen para sortear las censuras propias, específicas de los medios, ya sea por posición política o por una básica honestidad profesional.²²

TERCERA PARTE

CULTURA Y ACTORES POLÍTICOS

La cultura popular puede ser considerada como una compleja trama de prácticas significantes. Aún en una situación de extrema subordinación o defensiva política, los sectores populares elaboran sus propias formas de disfrute estético, de defensa de su identidad étnica y nacional, de fractura del discurso dominante (las funciones del humor en un contexto autoritario son ejemplo elocuente de ello). Nuestra intención es la de poner de relieve este aspecto, en un campo de trabajo en que son frecuentes los análisis de los poderes del emisor de la comunicación. No desconocemos que, como plantea Gramsci: "La historia de los grupos sociales subalternos es

necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan. En realidad, incluso cuando parecen victoriosos, los grupos subalternos se encuentran en una situación de alarma defensiva (esta verdad puede probarse con la historia de la Revolución francesa hasta 1830 por lo menos). Por eso todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral; de ello se desprende que una historia así no puede tratarse más que monográficamente, y que cada monografía exige un cúmulo grandísimo de materiales a menudo difíciles de encontrar".²³

Nos interesa, precisamente, lo que sucede en los espacios más moleculares de la sociedad, en sus pliegues más ocultos, allí donde los indicios de iniciativa autónoma nos indican que por más recursos materiales y tecnológicos que se posean, plantearse obtener la simetría de códigos entre el emisor y el receptor forma parte del componente utópico del pensamiento autoritario.

Sin embargo, esta vocación por lo heterogéneo y plural no puede hacernos olvidar que así como el poder se forma a través de infinitas redes micro, también se condensa en las instituciones, particularmente las políticas. Se plantea, entonces, el problema de la formación de los actores políticos colectivos.

Los medios de comunicación intervienen en la formación del poder de diversas maneras. Su papel en la formación de la opinión pública es obvio. Este es un plano en que lo que está en juego es el consenso, concepto descriptivo que designa estados subjetivos variables, que si bien son utilizados para fines políticos, deben diferenciarse del problema de la obtención de legitimidad por parte de un régimen político. Ella supone normas estables que comprometen un pacto más profundo entre dirigentes y dirigidos: el reconocimiento común de cierto espacio institucional como ámbito de ejercicio y de resolución de las diferencias entre ellos.

De tal modo, en un sentido más profundo, el efecto de las operaciones simbólicas e imaginarias de los medios afecta a la propia constitución de los actores políticos. Intervienen en la formación del sistema de reconocimientos de los individuos entre sí, son un ingrediente interno a la formación del poder.²⁴

La salida de regímenes autoritarios y la transición hacia formas políticas de representación democrática supone la emergencia de actores políticos con nuevos atributos. Ya sea por la modificación de fuerzas preexistentes o por el surgimiento de otras. En efecto, en estos casos el acceso de los sectores populares a la ciudadanía política transita por caminos diferentes a los que se conocieron en las sociedades occidentales más desarrolladas. En ellos no se plantea sólo la "ampliación de la ciudadanía", el derecho al voto como medio de acceso a un régimen de representación política. La secuencia de golpes de estado en las últimas décadas establece una discontinuidad al respecto. En estas circunstancias, el acceso a la ciudadanía es un proceso de formación de actores políticos con capacidad de generar y estabilizar a un régimen no preexistente sino virtual, producto de severos conflictos políticos y cuyo carácter democrático le impone la forma de pacto institucional.

Los procesos de democratización requieren concordantes y específicas políticas para los medios de comunicación, tema que no es objeto de estas notas. Sin embargo, no queremos concluir estas líneas sin señalar que, en América Latina, estas políticas deberán transitar caminos inéditos, que también enfrenten adecuadamente las solicitudes y las presiones de los poderosos del mundo y sus etnocentrismos de diversos colores.

¹ Para la llamada "escuela de Frankfurt" particularmente para aquél de sus representantes que más ha tematizado la situación del arte en la sociedad capitalista contemporánea, Theodor W. Adorno, el valor significativo de los productos de la industria cultural está dominado por su carácter de mercancía. Su valor de cambio impone la generalización de lo homogéneo. Tal reducción del proceso de significación social a las reglas universales del mercado, hoy es cuestionable si analizamos el proceso cultural desde el ángulo político. De ello nos ocuparemos en este artículo. Valga esta mención para señalar que la crítica que hacemos no supone una valoración global de las contribuciones de esta escuela, que ha brindado agudos análisis de mecanismos reales de integración cultural y planteado una problemática filosófica fundamental: la adquisición y la pérdida de la identidad del sujeto moderno en la lógica de la sociedad mercantil.

² Benveniste, Emile, *Problemas de lingüística general*, Ed. Siglo XXI, México, 1978, pág. 25.

³ Uno de los principales efectos de las ideologías es, precisamente, naturalizar los códigos, tender a su uso espontáneo, a la no explicitación de los mecanismos sociales y políticos que los constituyen. Stuart Hall considera este aspecto en "Encoding/decoding", incluido en *Culture, media, language*, Centre for Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham, 1980, pág. 132.

⁴ Nicolás Rosa hace una concisa y clara presentación de las diferencias entre lenguas naturales y artificiales en *Léxico de lingüística y semiología*, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Total, Buenos Aires, 1978.

⁵ Humberto Eco desarrolla el tema de las diferencias entre significación y comunicación en su *Tratado de Semiótica General*, ed. Nueva Imagen, México, 1978.

⁶ Comencé a tratar a esta temática en vinculación con la formación del pensamiento autoritario en "Sobre lenguajes, identidades y ciudadanía políticas", incluido en la antología *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1981.

⁷ Foucault, Michel, "*Vérité et pouvoir*", en *L'arc*, núm. 70, pág. 21, 1978.

⁸ Barthes, Roland, S/Z, Siglo XXI, España, 1980, pág. 6.

⁹ Williams, Raymond, *Marxism and Literature*, Oxford University Press, 1977.

¹⁰ Foucault, Michel, ob. cit.

¹¹ Bourdieu, Pierre, "La représentation politique. Eléments pour une théorie du champ politique", en *Actes de Recherche en Sciences Sociales*, N° 36/37, pág. 11, Editions de Minuit, 1981.

¹² Un síntoma indica el fracaso de estas políticas: cuando en el lenguaje de la sociedad y de la oposición política comienza a divulgarse la distinción entre el "país real" y el que presentan los medios. En estos dos casos, en la oposición se compite por ocupar el lugar de "la voz de los que no tienen voz", del país "subterráneo", etc.

¹³ Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1975, pág. 197.

¹⁴ Stuart Hall, en el artículo ya citado, analiza la asimetría entre el proceso de codificación y el de decodificación, y realiza la crítica de las versiones conductistas de estas actividades.

¹⁵ Nos manejamos con una noción de cultura popular referida, principalmente, a los componentes simbólicos e imaginarios con que estos sectores sociales se representan y viven sus relaciones con el mundo laboral, con la sociedad civil, con el estado; sus celebraciones y rituales; su organización del tiempo libre; la memoria colectiva y las creencias. Diversos estudios de este campo pueden encontrarse, por ejemplo, en *Working Class Culture*, editado por John Clarke, Clas Critcher y Richard Johnson, del Centre for Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham, 1979.

¹⁶ Chaim Perelman, en su exhaustiva teoría de la argumentación, elabora la distinción entre razón demostrativa y argumentación. Véase, *Le champ de l'argumentation*, Presses Universitaires de Bruxelles, 1970.

¹⁷ Oswald Duerot desarrolla el tema del presupuesto en *Dire et ne pas dire*, ed. Hermann, París, 1972.

¹⁸ La creencia no se basa en una cuestión de fe o en una simple negación psicológica. Más profundamente, se constituye a través del mecanismo que Freud designó como renegación. El dato se recibe pero se excluye al mismo tiempo. Octave Mannoni desarrolló el tema en *La otra escena. Claves de lo imaginario*, ed. Amorrortu, 1973, págs. 9 a 27.

¹⁹ Bourdieu, Pierre, ob. cit. pág. 14.

²⁰ Barthes, Roland, ob. cit. pág. 6.

²¹ Este problema es tratado con referencia a problemas de investigación en *Análise de discurso e ideologia*, de José Guilherme Magnani; y en *Notas para discussão de alguns problemas relacionados com a análise de discursos políticos*, de Guita G. Debert, Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais, trabajos mimeografiados, Brasil, 1980.

²² Un escritor habituado a formas más clásicas y profundas de producción cultural describió este fenómeno de la siguiente manera: "En el ámbito radial, televisión y demás órdenes anexos se ha ido for-mando –y ya de un modo al parecer irremplazable– el nuevo adoctrinador de la sociedad contemporánea. Se ha creado así una nueva relación entre pensamiento y público. (...) nos enfrentamos a diario con los suministradores de datos, los dispensadores de refraneros morales, los teóricos de una filosofía despojada de tono, de dicción, de autoridad en suma. Con el pretexto de su desenfado, de su "simpatía", nos hemos acostumbrado a que el charlista rutinario, el "dilettante" de oficio invadan toda clase de jurisdicciones. La cultura puede y debe ser alegre, vivaz, ejemplarmente comunicativa; para ello debe –debería– ser ejercida, reflejada, protagonizada por sus ejecutores natos. Rossler, Osvaldo, "Nuevas formas de sustitución cultural", diario *Clarín*, 7 de agosto de 1980, Buenos Aires.

²³ Gramsci, Antonio, *Antología*, Siglo XXI, 1970, pág. 493.

²⁴ Una presentación de la discusión teórica sobre la intervención del orden simbólico en la constitución de los actores políticos puede encontrarse en Dave Morley: *Text, readers, subjects*, y en Choris Weedon, Andrew Tolson, Frank Mart, "*Theories of language and subjectivity*". Ambos trabajos están en la obra ya citada *Culture, media, language*. Por nuestra parte, nos basamos al respecto en los criterios del trabajo "Sobre lenguajes, identidades y ciudadanía políticas", también ya citado.